

detrás de las tupidísimas rejas el blanco bulto de las monjas, y en las ya gastadas piedras la sangre de los procuradores arrastrados por amotinadas turbas; y sobre todo, adquirimos una prueba más—yo no la necesitaba—de que la gran estepa ó erial de Castilla encierra oasis desconocidos y deleitosísimos, de una finura que no tiene rival, porque la lozanía y majestad de la vegetación, unida á la claridad y pureza de la luz de este cielo, hacen un paisaje especialmente hermoso. No miente el adagio: *de los huertos al Parral, paraíso terrenal*. Ved aquí un cuadro de las orillas del Eresma: el río, de un gris argentado, se desliza sesgo y mudo por entre doble hilera de gigantescos olmos, de esbeltos chopos y de sauces desmelenados, que inclinan sus ramas péndulas verde claro hasta besar la corriente. En los remansos, una cortina de elegantes espadañas cerca una pradera de mullida hierba y varias flores vestida, donde pacen ovejillas blancas y negras, y donde sólo faltan la zagaleja y el pastor de una égloga de Garcilaso... Allá arriba, dominando las peñas, la mole del Alcázar, bien destacada sobre un fondo inundado de sol; y detrás de las tupidas y sombrosas alamedas, otra cortina de afligranadas torres mudejares y de monasterios ruinosos.

## III

## SEGOVIA

Tomar el tren y plantarse en Francia, en las Vascongadas ó en la *tierruca* montañosa; caer en un balneario y dedicarse á la hidroterapia ó á la aeroterapia, sería hacer lo que hace en este tiempo cada quisque. Pero tomar igualmente el tren, y dejando la frescura y el plácido ambiente gallego, meterse en la abrasada Castilla, en sus caducas ciudades monumentales, hidalgas y solitarias..., eso es lo que á nadie se le ocurre, y por lo mismo tiene, aparte de otros encantos que especificaré, el indiscutible encanto de la novedad y la rareza.

Castilla está ahora desierta de viajeros; los trenes van atestados, pero nadie se queda en las estaciones: las fondas se encuentran vacías, y por las calles sólo discurre gente del pueblo, carros, galeras, perros, mulas y asnillos con carga de odres. Esa población flotante que se empuja y hormiguea en la Concha y en los bulevares de San Sebastián; esa turba de aristócratas legítimos, mezclados con *snobs* y con

haitianos, con la tribu del talco y el oropel, con las semimundanas y las bellas cursis disfrazadas de *cremosas*; esa alegre y abigarrada serie de tipos que da asunto á la caricatura y tela inagotable á los periódicos callejeros... no la busquéis en la grave Castilla, que, envuelta en su capa de paño pardo, silenciosa y altanera, ve cómo se van reduciendo á polvo sus históricos torreones, sus incomparables templos, toda su grandeza fenecida. Indiferente y estoico, el castellano vegeta sin acordarse de que *más allá* hay movimiento, industria, progreso, especulación y lucro. A él le basta con sus rudas vestimentas, iguales en verano que en invierno, y su sol de oro, que tan regiamente amortaja las viejas piedras, testigos del pasado. Diríase que para este sér de corcho no existen el frío ni el calor; en ningún punto de la Península se gasta menos percal y cotonía que aquí: los hombres no han adoptado la cómoda blusa, las mujeres ignoran la fresca chambra y la limpia faldita de zaraza; y con sus trajes oscuros de lana y de recio paño, resisten una temperatura que aun ahora, en Septiembre, puede calificarse de *tórrida*.

Venir en esta época del año á Castilla es, pues, como ir á una aldea donde se puedan contemplar soberbios monumentos. Si en las provincias halláis gentío, mucho gentío, todos vuestros conocidos de Madrid, sin que falte ni uno en la formación, aquí saludáis á los muertos gloriosos—los únicos que realmente viven en España, según frase feliz de un ilustre poeta. —

Aquí andáis rodeados de sombras, pero sombras de más acción y más relieve para la fantasía que los vivientes egófstas que bullen y se agitan para no dejar de sí ningún recuerdo. ¿Cómo podríamos resistir la España actual, si no nos refugiásemos en la España antigua? No tenemos otro consuelo; por eso un viaje á Castilla, en medio de esta soledad, ofrece atractivos y hasta calma la inquietud dolorosa que produce la nueva guerra de Filipinas, añadida á la ya crónica y desesperante guerra de Cuba.

En Segovia, nada me recordaba las tristísimas y azarasas circunstancias que padecemos: en Segovia es fácil recogerse en espíritu, no sólo á la Edad Media, sino á la época romana, origen de nuestra civilización peninsular. Lo que en Segovia permanece más enhiesto, arrogante y digno de admiración es una *obra de romanos*: el acueducto. Iglesias y palacios que nos parecen hoy extremadamente vetustos, cuentan doce ó trece siglos menos que el acueducto venerable, el cual se mantiene con un aire de solidez y valentía que subyuga el ánimo. El acueducto sugiere no pocas reflexiones. Mientras las instituciones y las creencias de otras edades relativamente cercanas se van y se extinguen, y caen desmoronados los edificios que surgieran á su impulso, el acueducto y su modesto y práctico fin son permanentes. El agua es hoy, como en tiempo de Trajano, la primer exigencia de la cultura, el sello de la urbanidad. Rodando y rodando, hemos vuelto al agua.

Mil veces se ha descrito el atrevimiento y la gallardía de ese largo y hermoso acueducto, formado de sillares enormes, que sólo por su exacto encaje se sostienen, sin rastro de argamasa ni zunchos de hierro: admirable disposición que sorprende más en las dovelas de los arcos, donde se diría que las claves van á resbalar y caer al suelo..., ¡y llevan diecinueve siglos así! Como los sillares son almohadillados, parece al pronto que se ha formado el acueducto apilando cojines—singular asociación de una idea de blandura y molicie con una obra tan vigorosa, tan varonil, tan latina.—“Esta es obra de esclavos”—me decía el ilustrado arqueólogo marqués de Miranda, que nos acompañaba en las correrías á través de Segovia, cuando desde la plaza del Azoguejo contemplábamos la prodigiosa elevación de la *punte seca*.—“Aquí no se ha escatimado ni tiempo ni sangre; esto es como las Pirámides de Egipto; los obreros ni se cuentan ni importan; el caso es que la construcción asombre á los siglos venideros.”

En los nichos del más alto pilar del acueducto, á vertiginosa elevación sobre el Azoguejo, colocó la piedad, en vez de las antiguas imágenes de Hércules, dos efigies, de San Sebastián y de Nuestra Señora. Acaso la desnudez de San Sebastián, que arrostraba en cueros los rigores del duro invierno segoviano, sugirió á los cadetes de artillería un proyecto arriesgado y diabólico: el de vestir al Santo. Hay que ver la situación que éste ocupa para comprender la atrocidad. Al nicho no se puede llegar por ninguna

parte, sino suspendiéndose en el vacío, sobre un abismo, que es la plaza. Y así lo hicieron, sirviéndose de un trapecio que sostenían con las manos algunos cadetes, de pie sobre la cresta del acueducto, mientras otros, colgados en el aire, vestían al Santo blanca camisa. Que flaqueasen un segundo los puños de los de arriba; que sintiesen un segundo el vértigo de las cumbres..., y los de abajo irían á estrellarse sobre los guijarros de la plaza. No flaquearon: se consumó la temeraria proeza; el Santo quedó vestido, y á la mañana siguiente los segovianos vieron atónitos el caso, en apariencia inexplicable. Deseoso el Ayuntamiento de quitar aquel motivo continuo de asombro, burla y comentarios, ofreció dinero al que se atreviese á despojar de su camisa al bendito mártir; pero no apareció quien arriesgase el pellejo, y allí se estuvo con su camisa la efigie, hasta que la intemperie la convirtió en guiñapo, y por último el viento la arrebató...

Entre las iglesias de Segovia, que son muchas y muy bellas, hay una que recuerda una leyenda sombría, de las edades en que la exaltación de la fe solía degenerar en furor. Hablo de la iglesia conocida por *Corpus Christi*, que en su arquitectura arábiga con ribetes de bizantina aparece como hermana de padre y madre de la famosa *Santa María la Blanca* de Toledo. También la de Segovia fue Sinagoga, y en ella celebraban sus ritos los numerosos hebreos ricos é industriales, que pagaban al obispo de Segovia treinta dineros en oro anualmente por cabeza,

en memoria de los que Judas recibió por la cabeza del Cordero. Cuéntase que á principios del siglo xv, un judío, que por señas había sido médico del rey Enrique III, consiguió del sacristán de San Facundo, en desempeño de una cantidad prestada, una Hostia consagrada ya. La tradición afirma que los judíos buscaban las Hostias consagradas para ultrajarlas y atormentarlas, y la de Segovia fue echada á una caldera de agua hirviendo; pero al punto la Sagrada Forma se elevó por los aires, y volando salió de la Sinagoga quebrantando la pared: la hendidura se enseña todavía en el coro de las monjas. Averiguóse el sacrilegio; fueron ahorcados varios judíos, arrastrados y descuartizados otros, y atormentado el médico, hasta que se confesó autor del envenenamiento de Enrique III: obscura serie de crímenes que también se complicó con tentativas de dar ponzoña al obispo. Recuerda esta negra historia, además de la hendidura de la pared, el nombre fatídico de *Mal consejo*, que aún conserva la tortuosa calle donde fue entregada la Hostia. Y si alguien se admira de este drama horrible á fines de la Edad media, voy á darle una noticia que acaso desconocerá: hoy, á fines del siglo xix, imputaciones análogas están dando lugar á los disturbios del antisemitismo, no en España, sino en Alemania, en Austria Hungría, en Polonia, en Rusia y en Servia; donde quiera que hay judería, en fin. No ha mucho tuve ocasión de adquirir y leer un curioso libro titulado *El misterio de la sangre*, donde se narran (autorizándolas

con documentos y extractos de la prensa) las lúgubres etapas del martirio sufrido por niños y vírgenes cristianas, á quienes los judíos secuestran y hacen sufrir todas las torturas de la Pasión de Cristo—azotes, espinas, clavos, cruz—á fin de recoger su sangre y amasar con ella los panes ázimos. Si la memoria no me es infiel, la más reciente de estas historias no se remonta á más allá de los años 1870 ó 1875. Son actuales. Sirva de excusa á nuestros antepasados de 1410, y no se les tache de loco fanatismo ni de credulidad nimia. Yo no sé depurar lo que haya de cierto en tan extraños rumores; sólo pretendo que no se acuse una vez más á España de enfermiza superstición, sin que la ayuden á llevar el peso de la acusación naciones muy cultas, en el siglo de las luces.

De las impresiones más gratas que estas ciudades viejas pueden dar al viajero que pica en artista, es la de perderse al azar por sus revueltas callejuelas, su caserío tan variado, como igual y monótono es el de los pueblos de nueva construcción. En Segovia este paseo sin objeto fijo recompensa al que lo da con deliciosas sorpresas. De pronto aparece un cuadro lleno de originalidad y de colorido, que recogemos en la cartera á modo de *apunte* de dibujante. He aquí tres de los que en la mía he archivado: 1.º Angulo de una callejuela tortuosa, de rápida pendiente, que termina en anchas escaleras de guijarro y que alumbra mohoso farol. El rótulo, en letras negras, dice: "Calle de la Judería Nueva". En escorzo, un balcón saliente de hie-

rro forjado, y en él, surgiendo de entre más de una docena de tiestos y cajones en que los clavos y los geranios aplican sobre la negrura del hierro placas bermejas, una cabeza de mujer, joven, muy morena, de ojos grandes y tristes... 2.º Patio de la casa atribuida á D. Alvaro de Luna. Altas y nobles columnas de piedra en cuyos capiteles se destaca un escudo heráldico, sostienen un corredor de madera negruzca y carcomida, casi deshecha por la vetustez. Trapos y pañales rotos y pobres cuelgan á secar del balaustre. Las enredaderas trepan hasta el techo de salientes vigas. Sobre el alero arrullan las palomas. En un lienzo de pared campea, pintado al temple, inmenso blasón de lunas menguantes. Comadres curiosas, agasajando al seno rollizos mamones, se inclinan para vernos y para comentar nuestra presencia. Un gato ético, consumido de morriña, abre á medias los párpados y vuelve á acurrucarse... 3.º Fachada de un palacio gótico, el del marqués de Alpuente. Todo el frente bordado de finos dibujos de tracería, que revisten la casa como de un velo de delicadísimo y transparente encaje. Sobre este fondo claro é ideal, los ajimeces del piso alto, del más puro estilo, de obscura pizarra, tan bruñida que parece mármol, resaltan vigorosamente. Nos detenemos á admirarlos, y una mano invisible y de seguro blanca y suave, se apresura á abrir las vidrieras para que podamos ver destacarse, sobre las cortinas de seda amarilla, el esbelto parteluz y los trebolados remates de los capiteles... Y en

sitio muy visible leemos este gracioso bando arcaico, que los dueños de la casa han tenido el buen gusto de respetar, y que traslado con su ortografía: "Se proiibe berter baxo pena de un ducado."

Al lado de la preciosa casa gótica del marqués de Alpuente, la tan ensalzada de los *Picos* me pareció de una pesadez y una tosquedad extraordinarias. No siempre lo que alaban las *Gutias* es lo mejor. Tampoco el Parral, si se exceptúan el retrato y los enterramientos de los marqueses de Villena, es digno de su fama. Las estatuas del marqués y la marquesa de Villena son de nítido alabastro, muy bien trabajadas al estilo del Renacimiento. Al marqués le acompaña su pajecillo llevando el casco; á la marquesa, su dueña, arrugada vejezuela, halduda y de repulgadas tocas, que sostiene el sombrero de la dama mientras ésta reza devotamente. Y más abajo, en la nave de la iglesia, existe el sarcófago de otra dama, cuya estatua yacente permanece allí, pero cuyos huesos fueron arrojados á un campo por los profanadores de la exclaustación. Años después de la profanación, un labriego que araba la heredad encontró, al lado de una calavera, una sortija de oro. La sortija la formaba un cerco de rosas, y por dentro tenía grabado en caracteres góticos este lema: *Nadie vos ama como vos ama el vueso amator*. El labriego llevó la alhaja á Segovia y le pagó por ella un platero tres duros. Compróla después un conocido aficionado español, y dió por ella cincuenta; verdad que á

poco la revendía en París por seis mil francos. Y la prenda de amor con que la noble dama había querido enterrarse, en vez de acompañarla hasta la eternidad, brillará hoy en el dedo de alguna caprichosa inglesa millonaria, ó descansará en los escaparates de algún museo.

¿Qué habrá duradero en el mundo?... Los huesos de la noble castellana han sido aventados más pronto que las vértebras de carnero con que en Segovia hacen pavimentos de mosaico en los patios y zaguanes...

## IV

## MISA VIEJA

Todo lo que va á leerse es pura patraña. Así lo afirman graves historiadores, que no me perdonan que recoja estas caducas niñerías. Conste que yo las creo... con media alma. La otra media... ¿qué le voy á hacer? ya no es mía. ¡Se la ha llevado el mal espíritu de la historia documental!

Si hay en los recuerdos del pasado inevitable dejo de tristeza, es porque demuestran la inestabilidad de lo que parecía más firme, y cuán presto olvidan los pueblos aquello que les apasionó hasta hacerles derramar sangre. En este fenómeno de la psicología de las razas meditaba yo mientras oía reverentemente la misa mozárabe de Toledo.

¿Se acuerda ya nadie en España de lo que significa el rito mozárabe? ¿Sabe nadie en qué se diferencia de las demás esa misa, por la cual se alborotó la entonces poderosísima ciudad de Toledo, y que hoy se ha celebrado únicamente para mí, pues ningún otro devoto asistía al sa-

crificio, sin duda á causa de que la misa mozárabe ó isidoriana es bastante más larga que la romana?

Eran los mozárabes cristianos que residían en tierra de moros, y aprovechando la tolerancia del invasor, profesaban su religión y practicaban su culto. Pagaban sus tributos al fisco, y por lo demás, vivían según les acomodaba los mozárabes, al menos en los primeros siglos de la Reconquista, que después hubo sus persecuciones y sus martirios también; y la fe de los mozárabes, que empezaba á entibiarse, se encendió al regarla la sangre de las vírgenes y de los niños. La misa que acabo de oír se celebraba en Toledo, desde los tiempos del tradicional moro Muza y del berberisco Tarik, en seis parroquias y en alguna ermita. Cuando los cristianos, con Alfonso VI á la cabeza, reconquistaron la ciudad, el venerable rito que había sostenido la esperanza de los mozárabes de Toledo por espacio de cuatro siglos (durante los cuales es preciso confesar que se elevaron monumentos primorosos, y que la ciudad quedó bordada y recamada lo mismo que el caftán de una sultana favorita), el venerable rito, digo, no fue del agrado del rey. Aunque parezca inverosímil, ya entonces venían de Francia las corrientes innovadoras y las leyes del gusto, y la reina, que era francesa, y el arzobispo de Toledo, también francés de nación, pusieron la proa al rito isidoriano, deseosos de sustituirlo con el gregoriano. No estaba conforme, ni cosa que lo valga, el pueblo de Toledo. Formaba

aquel rito, practicado bajo la cuchilla del infiel, parte integrante del alma de los oprimidos, que en él hallaban consuelo y fortaleza. La ciudad, tan dócil y sumisa á los musulmanes, se alzó en protesta contra

ese buen rey Don Alfonso,  
el de la mano horadada,

y se ideó, para apaciguarla, que la solución de la pugna entre los dos ritos se dirimiese mediante el *juicio de Dios*, como entonces se decía, ó *en el terreno del honor*, como hoy se escribe. Dos adalides avanzaron á combatir en campo cerrado, y fue el defensor del rito mozárabe el que salió victorioso, derribando á su adversario mal herido. Ni por esas se convenció el monarca de Castilla. Buscando subterfugios para que el cielo se pusiese de su parte, ordenó otra nueva prueba judiciaria, la misma que fue propuesta por los franciscanos á Savonarola: la terrible prueba del fuego. Sólo que no eran hombres los que debían arrostrarla, sino libros: el breviario gregoriano y el breviario isidoriano serían arrojados á una hoguera, y el que no devorasen las llamas, sería el escogido por Dios para el culto de *Tolaitola*. Y las llamas, lamiendo mansamente el código gótico, sin morder en la vitela de sus hojas, se cebaron como rojos dragones en las del gregoriano, y en un minuto lo redujeron á cenizas. Toledo batió palmas llena de júbilo: por segunda vez la prueba de Dios era favorable al rito popular. Alfonso VI quedó mohíno; pero determinado á

que prevaleciese su gusto, como suele estarlo el que manda, ordenó que pesia todos los juicios del mundo, el rito gregoriano sería en lo sucesivo el adoptado en Toledo. Y la gente del pueblo, con su buen sentido práctico de resignación á la voluntad del poderoso, encogióse tristemente de hombros, persuadida de que tenía en su favor la voluntad divina, y murmurando lo que después llegó á ser adagio, lo único que ya en nuestra vida actual persiste como huella de aquel episodio de nuestra historia religiosa: "Allá van leyes do quieren reyes."

Por su parte, Alfonso, que era diestro en conciliar voluntades, vió el descontento de sus vasallos y transigió, permitiendo que el rito mozárabe se siguiese en varias iglesias de Toledo, dejando al tiempo hacer su oficio y extinguir las memorias, amargas y dulces al par, que aquel rito despertaba en los cristianos. Poco á poco éstos fueron olvidando que habían sido tributarios y vasallos de infieles, que habían visto al verdugo sarraceno degollar á los mártires, y que habían recogido amorosamente sus ensangrentadas reliquias; en una palabra, acabáronse los mozárabes de Toledo—porque el mozárabe era la opresión, era el yugo—y al desaparecer el mozárabe, el oprimido de la época goda, el rito gótico fue languideciendo también entre la creciente indiferencia...

Así como á una reina viuda y destronada se la deja, para que conserve una ilusión de sus grandezas desvanecidas, un reducido palacio y una sombra de corte, al rito mozárabe, caído

en desuso, se le ha concedido asilo en la gran Basílica Primada de las Españas. La capilla donde acabo de oír esta misa, de un sabor tan primitivo, tan á lo cristiano viejo (no sé definirlo de otro modo), fue erigida por mandato del cardenal Cisneros, y es una construcción aparte, adosada á la Catedral, pero distinta de ella. Por fuera se ve perfectamente que conserva su independencia la capilla, en la cual—nuevo símbolo—trabajaron reunidos alarifes moriscos y cristianos.

Mientras el sacerdote celebraba las ceremonias del para mí desconocido rito, que son muy diferentes de las del romano; mientras dividía la Hostia en catorce fracciones, número misterioso, y consagraba y consumía sin volverse hacia *la fiel* (no puedo decir *los fieles*) ni una vez sola, que así lo quiere el rito mozárabe,—los ocho capellanes, diminuta corte de la ex reina, rezaban un canto llano tan clásico, tan castizo, tan solemne y pausado como la misa que acompañaba. Y yo pensaba en la suma sabiduría con que la Iglesia católica ha conseguido ser universal y nacional para todas las gentes. No tiene celos el rito romano del mozárabe, y conserva ese vestigio de antiguas glorias como se conserva un anillo ó un broche moruno de afiligranada labor en escarapate precioso.

Ya tan sólo la Iglesia, la gran conservadora, archiva la misa mozárabe. ¿Dónde están los honrados burgueses toledanos, la gente sana y franca, cristiana á macha martillo, indómita y briososa, la que tanto dió que hacer á los Abde-



rramanes, la que prosperó bajo Alimenón, la que acogió con gritos de júbilo á Alfonso VI, la que se atufaba cuando atentaban á sus libertades, la que dos veces fue acaudillada por mujeres, Berenguela y doña María de Padilla, y bajo el mando de las dos heroínas hizo retroceder á los moros y á Carlos V? ¿Dónde están los toledanos de antaño? En la vacía capilla mozárabe las varoniles voces de los cantores resueñan con melancolía imponente, con una severidad que recuerda las lamentaciones de los profetas bíblicos... *¡Quomodo sedet sola!*... ¡Qué solitaria la ciudad, un tiempo populosa, rica y grandel!

## V

## MÁS PATRAÑAS

Pasar en Toledo ocho ó diez días, sin otro propósito ni ocupación que empaparse de su ambiente y recorrer sus callejuelas intrincadas y sus costanillas y *rodaderos*; vagar por entre maravillas artísticas en completa soledad, excitar la fantasía, salir momentáneamente de la realidad vulgar y no contar alguna mohosa leyenda... no cabe en lo posible. Diréis tal vez que las leyendas no encajan bien en el marco de la vida *contemporánea*. Es un error. Nuestra vida está hecha, como decía el gran poeta, de la tela de nuestros sueños: no vivimos sólo en el sentido fisiológico, ni aun en el intelectual: también se vive por la imaginación, y de esa vida nace muchas veces el arte. No hay artista contemporáneo, no hay siquiera aficionado á la belleza artística, que no viva, por ejemplo, una semana en el siglo XIII, cuatro días en el XVI, quince en la época romana, un mes en Grecia... todo ello según los gustos, las predilecciones estéticas, las lecturas y la sensibilidad